

... CON UN AMOR APASIONADO ...

Vida de Damián

El amor apasionado de Damián por Jesús se manifestaba ya en sus primeros años de formación en Lovaina o en París. Escogía las horas más difíciles para la adoración semanal nocturna, 2 ó 3 de la mañana, y no volvía a la cama después. Su tiempo de oración en la capilla, incluyendo la noche, excedía lo prescrito en la Regla.

También en sus primeras cartas, desde el distrito de Puna, escribía comparando su actual vida con la que llevaba como novicio: *“En lugar de una vida tranquila y escondida, uno tiene que acostumbrarse a viajar por mar y tierra, a caballo o a pie. En lugar de la estricta observancia de la regla del silencio, uno tiene que aprender a hablar una variedad de lenguajes con una variedad de gente; en lugar de ser dirigido, uno tiene que dirigir a otros; tal vez lo más difícil de todo es mantener, entre las 101 miserias y pruebas, el espíritu de meditación y de oración”* (Carta de Damián al Superior General, Hawái, 1 de noviembre de 1864).

Eso recuerda lo que había tallado el joven estudiante Damián en una banca, tras una conferencia en Lovaina: *“Silencio, recolección, presencia de Dios”*.

Incluso las tareas manuales, realizadas con la ayuda de los leprosos, estaban animadas y permeadas de un profundo sentido religioso. *“No me avergüenzo de ser un trabajador manual para la Gloria de Dios”, escribía a su familia. Los hábitos de trabajo que adquirí en casa son de una gran ayuda aquí”* (Carta de Damián a su familia, Molokai, 8 de diciembre de 1874)

Damián sabe que ha contraído la lepra y por lo mismo, su superior religioso el P. Léonor Fouesnel, le ha prohibido dejar la isla de Molokai. Damián escribe a su hermano Pánfilo haciéndole parte del dolor de esta medida y del consuelo que encuentra a los pies de Jesús en la adoración: *“Nuestro superior, el Padre Léonor, incluso acaba de prohibirme ir a Honolulu, aun cuando en el intervalo yo quisiera ver a un hermano religioso; no sé bien en qué va a acabar todo esto. Me resigno, sin embargo, a la divina Providencia y encuentro mi consuelo en mi único compañero que no me abandona, quiero decir nuestro divino Salvador en la santa eucaristía. Al pie del altar es donde me confieso a menudo y allí busco el alivio a las penas interiores. Delante de él, así como ante la estatua de nuestra santa Madre, es donde me quejo a veces, suplicando la conservación de mi salud.”* (Carta a Pamphile, 26 de noviembre de 1885)

La última carta de Damián, de febrero de 1889, dos meses antes de su muerte, está dirigida al doctor Swift, y le señala su preocupación por algunos de los leprosos más gravemente enfermos: *“Querido señor: Jobo Puhunua ha escupido sangre desde ayer por la mañana. Le ruego vaya un momento a verlo, en la segunda casa, detrás de la de Jack Lewis [...] En la misma casa, encontrará la moribunda de la que le hablé ayer.”*

A tus pies, Jesús

Aquí te traigo mis cansancios y también mis deseos de servirte.

También sabes que mi pasión por ti y por los que me confías, a veces se cansa. Te ofrezco mis dificultades para ser compasivo con los demás como Tú, Señor, lo eres conmigo.

Con todo, te presento, Señor bueno, las personas que me confían sus vidas, sus dolores. Estoy aquí en su nombre.

Ayúdame a mirar y a servir con tu compasión a las personas que sufren, a las que me cuesta aceptar, a los que Tú me confías.



...con un amor apasionado

• • •

“Y al desembarcar, vio mucha gente, sintió compasión de ellos, pues estaban como ovejas sin pastor”

(Mc 6,34)